

## LAS FUENTES DEL SUBJETIVISMO

L. GARCÍA ALONSO

### *¿Prioridad del sujeto o prioridad del objeto?*

El subjetivismo se plantea formalmente en función del conocimiento, y se atribuye, después, por analogía, a otros tipos de acción humana. Desde que en la Grecia clásica se habla de conocimiento, se postula éste como una relación cuyos extremos se constituyen por el sujeto que conoce y el objeto conocido. No puede haber un conocimiento que no sea subjetivo, porque no cabe un conocimiento sin cognoscente. Otra cosa es el subjetivismo.

La verdad consiste en la coincidencia, en el ajuste, en la adecuación entre sujeto y objeto, esto es, entre el intelecto y la cosa —el ser—<sup>1</sup>. El orden de precedencia, la jerarquía, aparece aquí como elemento fundamental, porque el sentido del conocimiento girará en función de que el eje extremo del cual depende el otro extremo, consista en el intelecto o en la cosa; y aún, dependerá de que en vez de prioridad, se consideren ambos polos equilibrados en la jerarquía, en cuyo caso no habría la dependencia.

La solución descansa en el carácter activo o pasivo de los elementos.

No habrá prioridad en el caso en que sujeto y objeto resultaran idénticos. Pero es necesario, al hablar de «identidad», matizar un poco. No se trata, por supuesto, de identidad real, sino de identidad

1. «Verdad es la adecuación entre la cosa y el entendimiento». (STh. I q.16 a.1).

funcional. En el autoconocimiento de un cognoscente finito, puesto que su conocer es distinto de su ser, para conocerse el sujeto, a sí mismo, tiene que «funcionar» como objeto. De tratarse de un cognoscente infinito, tal inteligencia por no ser limitada es simple y se identifica con su acto —y con su sustrato—; a riesgo de considerarla compuesta y caer en una contradicción. Es el caso de Dios.

#### *La prioridad en el conocimiento infinito.*

La verdad, en el Acto Puro, es Verdad Subsistente. Se trata de la verdad especulativa.

La verdad práctica no se define escuetamente como la adecuación entre el ser y el intelecto, sino como la adecuación del intelecto y la cosa a realizar. Si se trata del Intelecto infinito, la verdad práctica es la adecuación de las cosas con el Intelecto que las pensó. Aparece, por vez primera, a lo largo de estas líneas, la dependencia unilateral: la realidad finita se encuentra medida, en su ser mismo, por el Entendimiento infinito<sup>2</sup>.

El conocimiento práctico en Dios es creativo, y la creatura depende del ser que la crea —también cognoscitivamente— porque su esencia es conocida por el Ser infinito como uno de los múltiples modos puede ser imitado.

#### *La prioridad en el conocimiento teórico humano.*

En el orden de las inteligencias finitas, pueden considerarse, también, por una parte el conocimiento especulativo, y por otra el conocimiento práctico.

2. «...Todas las cosas creadas se comparan a Dios como las obras de arte al artista. Ahora bien, el artista produce sus obras conforme a su sabiduría y entendimiento. Por consiguiente, también Dios hizo todas las criaturas en conformidad a su entendimiento». (C.G. L.2, 47).

«Dios es medida de todos los entes; El se comporta con respecto a los demás entes, como lo cognoscible se comporta respecto a nuestra ciencia, siendo su medida» (C.G. L.2, 12).

El conocer teórico, supone que —dada la realidad— conocer es transformarse intencionalmente en lo conocido. Semejante transformación descansa y se fundamenta en lo cognoscible, en la cosa: es ella el polo positivo que actualiza al entendimiento finito en su operación<sup>3</sup>.

Pese a que la realidad no es algo estático, sino en devenir, su consideración teórica vierte precisamente sobre aquello que tiene de necesario, es decir sobre su ingrediente «dado» y permanente. Esta facticidad mide al intelecto y postula que el sujeto cognoscente finito deba emitir un juicio tal que se pliegue al ser de la cosa, afirmando lo que en ella se encuentre unido o negando lo que en ella esté separado. La primacía aquí está del lado del objeto<sup>4</sup>.

#### *La prioridad en el conocimiento práctico humano.*

Si se trata del conocimiento práctico humano, la primacía señala el extremo opuesto: el sujeto, midiendo el grado de modificabilidad de la cosa, construye un modelo ideal, idea. Lo realizado —ya se trate de un artefacto o de una acción moral— depende, para ser verdadero, de su coincidencia con la idea - paradigma<sup>5</sup>.

El conocimiento práctico en el hombre es creativo «secundum quid», y esa creatura depende del intelecto que la ideó.

El concepto, como re-presentación mental pertenece al ámbito del

3. «Si este proceso (el pensamiento) es análogo a la percepción, debe ser, o bien un proceso en que el alma es actualizada por lo que es pensable, o alguna otra cosa de este mismo tipo. Esta parte, debe ser, aunque no sea pasiva, receptiva de la forma de un objeto, es decir, debe ser potencialmente idéntica a su objeto, aunque no idéntica a él absolutamente». (*De Anima*, III, 4, 429a.).

4. «El ser de las cosas y no su verdad, es lo que produce la verdad del entendimiento, y por esto dice el Filósofo que el pensamiento y las palabras son verdaderos 'porque las cosas son y no porque son verdaderas'» (S.Th. I q.16 a.1 ad.3).

5. «Y por esto los productos artificiales se llaman 'verdaderos' por el orden que dicen a nuestro entendimiento; y así hablamos de un edificio verdadero cuando reproduce la forma que hay en la mente de su arquitecto, y de una palabra verdadera cuando es expresión de un pensamiento verdadero». (S.Th. I q.16 a.1).

entendimiento especulativo. La idea, como modelo germinal, se sitúa en el territorio del entendimiento práctico.

*La jerarquía entre el conocimiento teórico y el práctico en el hombre.*

El subjetivismo tiene lugar cuando se substituye el conocimiento especulativo por el conocimiento práctico. Se trata de una privación por desorden en la jerarquía.

El conocimiento teórico, especulativo, no es solo ontológicamente más perfecto que el conocimiento práctico, sino que se constituye, al mismo tiempo, en su condición de posibilidad, en su a-priori. El conocimiento especulativo se orienta a lo necesario, y en esto se distingue del conocimiento práctico cuyo fin es lo contingente. Sucede que lo contingente consiste en la negación de lo necesario, en tal medida, que existen tantos tipos de contingencia cuantas maneras haya de negar la necesidad<sup>6</sup>. Expresado metafóricamente, lo contingente es una grieta que se abre en lo necesario, de modo que no puede conocerse aquello sino en el contexto de la necesidad, y a partir de ella.

6. «Los seres contingentes pueden ser considerados de dos maneras: una, en cuanto contingentes, otra, en cuanto que en ellos se encuentra cierta necesidad, puesto que no hay ser tan contingente que no tenga en sí algo de necesario. Por ejemplo, el hecho de que Sócrates corra es en sí mismo contingente; pero la relación de la carrera al movimiento es necesaria, pues, si Sócrates corre, es necesario que se mueva.

Ahora bien, las realidades contingentes lo son por parte de la materia, puesto que contingente es lo que puede ser y no ser, y la potencia radica en la materia. La necesidad, en cambio, está implicada en el concepto mismo de forma, por cuanto lo que es consecuencia de la forma se posee necesariamente. Mas la materia es el principio de individuación, mientras que la universalidad se obtiene abstrayendo la forma de la materia particular. Pero ya hemos dicho que el objeto directo y necesario del entendimiento es lo universal, y el de los sentidos lo singular, que indirectamente es también de algún modo objeto del entendimiento. Así, pues, las realidades contingentes, en cuanto contingentes, son conocidas directamente por los sentidos e indirectamente por el entendimiento; en cambio, las nociones universales y necesarias de esas mismas realidades contingentes sólo el entendimiento las conoce.

Por consiguiente, si se consideran las razones universales de las cosas que pueden ser objeto de ciencia, todas las ciencias tienen por objeto lo necesario. Pero si se consideran las cosas en sí mismas, unas ciencias tienen por objeto lo necesario, y otras lo contingente». (S.Th. I q.86 a.4).

Pretender que el pensamiento —la idea— mide a la realidad, es perfectamente lícito si se trata del conocimiento práctico; aplicado al conocer especulativo se identifica con el idealismo y con el subjetivismo —el sujeto (finito) crea la realidad—. Es por esto que el pragmatismo ejemplifica una especie aguda de subjetivismo.

Ciertos pragmatistas ponen entre paréntesis la nota de «conocimiento» que constituye el género del conocimiento práctico, para quedarse exclusivamente con la nota diferenciante «práctico»; generalmente usan expresiones griegas como *praxis*, *techné*, *poiesis*, evitando así manifestar su parentesco —cognoscitivo— con la teoría. Evitan hablar de verdad o de error en la *praxis* e introducen un sucedáneo como criterio dimensivo: acierto o desacierto, éxito o fracaso. En el fondo de esta solución —falsa—, yace la confusión entre realización y eficacia. En efecto, no cabe la verdad práctica sin la realización, porque el conocimiento de la modificabilidad de las cosas, es un conocimiento empírico. Por esto, para que una idea se complete, es necesario que en cuanto aparece la incoación de ese modelo, se continúe diferenciando siempre con el auxilio de la experiencia. Resultaría imposible, por ejemplo, hacer un modelo de mueble «a priori», porque sólo puede conocerse el índice, el marco y los límites de la modificabilidad de la madera, mediante el intento «a posteriori», «empírico» de modificarla. Mas explícitamente, la verdad práctica —en tanto que verdad— se tiende desde el extremo del pensamiento (lo realizable) hasta el extremo de lo realizado. La eficacia es un adjetivo de la realización, y un adjetivo muy frecuentemente cargado de convencionalismo. Atribuir al antecedente de la eficacia el calificativo de verdad, es no distinguir aún entre causa, condición, ocasión y azar. Así como —por accidente— de premisas falsas puede obtenerse una conclusión verdadera; de un antecedente falso puede obtenerse un consiguiente eficaz —siempre por accidente— de modo que el resultado eficaz no es criterio para la canonización de su antecedente.

Sin embargo, un defecto por accidente no puede elevarse a rango de constante. Es preciso introducir los distingos pertinentes. La conclusión verdadera supone —a no ser por un defecto accidental— un antecedente verdadero. La excepción queda eliminada si se cumple la condición de que la estructura de silogismo —ese artefacto ideatorio que sirve de esqueleto al pensamiento conceptual— sea correcta.

En su orden, el resultado eficaz supone una idea verdadera si se

cumple la condición de que la estructura de fondo (no ya el molde, sino el concepto en el que descansa la idea) sea racional. Esto significa que la praxis depende de la teoría, y que el no ser consciente de esta ordenación la desorbita.

(Cuando se señala la «*recta ratio*» —recta razón— como el género definitorio del conocimiento práctico tanto del obrar como del hacer, esto debiera interpretarse, según mi parecer, no solo en el sentido de que el artefacto esté bien fabricado o de que la acción responda a la conveniencia *hic et nunc* del obrar libre, sino, también y antes, que encaje en el «todo» racional del ser, que como contingente se mida en función del todo necesario. Para ejemplificar no basta fabricar globos bien hechos, es preciso también que su fabricación responda a un orden, de tal modo que no por bien hechos se fabriquen tan profusamente que pudieran ocupar la superficie toda la tierra).

#### *La certeza y la opinión en el conocimiento humano.*

Déjense a un lado, ya, las especies de conocimiento en orden a su fin, y considérense aquellas que se multiplican en función de la seguridad del sujeto.

El juicio —que es el lugar de la verdad— puede pronunciarse con certeza o bien a título de opinión. (P. Quevedo ha reducido sinópticamente algunas cuestiones fundamentales acerca de la definición y la división de la opinión. Utilizamos para el presente propósito algunos elementos de dicha sinopsis). Ante la evidencia se doblega el intelecto, y de su rendición incondicional se obtiene el fruto de la certeza; en ella descansa el espíritu, también incondicionalmente.

Sucede con frecuencia, sin embargo, que ante el entendimiento no se presente una proposición como verdad evidente, sino con un determinado índice de probabilidad y, aunado a esto, el abandono de la proposición contradictoria por ausencia de razones en su apoyo. En casos como éste, la inteligencia permanece invicta: tal proposición sólo puede ser asumida por el espíritu en virtud de un acto voluntario y libre. La inteligencia se adhiere con inseguridad a la proposición, y también con carácter provisional; se trata de un conocimiento probable.

*La jerarquía entre la certeza y la opinión.*

Cuando un asentimiento intelectual probable se transfiere para asumirse como cierto, tiene lugar el subjetivismo.

Si un objeto no es suficientemente luminoso para herir las pupilas del intelecto, cabe la función supletoria del espíritu, cabe que el espíritu —gracias a su apertura irrestricta al ser— subsidie al objeto en aquello que le falta para poder ser afirmado en un juicio, o para ser querido en una elección. Se trata de la estructura natural de comportamiento en el ámbito de lo opinable y en el terreno de la elección libre.

El abuso sería trasladar este esquema al terreno del conocimiento cierto, llamar cierto a lo probable es caer en el subjetivismo. Se trata, igual que para el caso del conocimiento teórico-práctico, de una inversión de valores en la jerarquía. Porque aquí como allí, lo opinable exige el a priori de lo cierto, sólo puede entenderse lo opinable como lo carente de certeza<sup>7</sup>.

La actitud subjetivista aparece, lo mismo, cuando se niega la existencia del conocimiento cierto, pretendiendo reducir todo conocimiento natural al conocimiento opinable; la razón de esto está en que se rompe la jerarquía tanto por negar la existencia del conocimiento cierto —en su caso del teórico— como por sujetar el conocimiento cierto al probable —en su caso el teórico al práctico— o por reducir el conocimiento cierto al probable —en su caso el teórico al práctico—.

*La afectividad desfasada y el subjetivismo.*

La constante en ambas especies de subjetivismo, se encuentra en la participación desordenada de la afectividad en el orden del conocimiento. El papel de la afectividad —y precisamente— de la voluntad,

7. «El objeto conocido de ciencia cierta y la ciencia difieren del objeto conocido por opinión y de la opinión, en que la ciencia es universal y procede de proposiciones necesarias; y necesario es lo que no puede ser de otra manera que como es. Pero hay ciertas cosas verdaderas, y que existen, pudiendo sin embargo ser de otra manera de como son. Es evidente que respecto de estas cosas no cabe ciencia; porque se seguiría que lo que puede ser de otra manera que como es, no puede ser de otra manera que como es». (An. Post., I, 33, 89a.).

se reduce al orden de la ejecución. No obstante en el conocimiento práctico interviene en lo que corresponde a la realización externa, influyendo así en el conocimiento de lo operable gracias a lo operado. En cuanto a la opinión, la voluntad —y a veces las pasiones— mueven en cuanto a la especificación.

Los tipos de conocimiento en los que se encarnan los valores supremos para su jerarquía respectiva, presentan especies purísimas de signo intelectual. Parece como si con mantenerlos en la cúspide que les pertenece, la objetividad del conocimiento quedara a salvo; porque por el contrario, al degradar al conocimiento cierto o al destronar al conocimiento especulativo, aparece el subjetivismo y con él la decadencia del saber todo.

*La objetividad —impropiamente dicha— del bien.*

Hablar de objetividad o de subjetivismo, en sentido propio, es hablar de conocimiento. En sentido impropio y derivado, se puede hablar también de objetividad o de subjetivismo, aplicando a otros valores estas categorías, siempre por analogía con la verdad.

Sucede así con el bien. Lo mismo que el conocimiento, la afectividad superior descansa sobre los polos sujeto-objeto.

En el Ser infinito dejan de ser polos, se identifican. En su actividad «ad extra» el Apetito infinito es perfeccionante, confiere la perfección.

El apetito finito puede enfrentarse a dos especies distintas de bienes: aquella especie que requiere indispensablemente para realizarse, —aunque su uso suponga la elección libre— y aquella otra especie que puede libremente amar sin consecuencias trascendentales en orden a su plenificación humana, es decir, en función de su fin último. La primera especie constituye el ámbito de la moralidad; la segunda, el de las preferencias inocuas.

Pretender que la elección moral depende de las preferencias subjetivas y funcionar de acuerdo con la indiferencia de quien elige, es confundir el orden del bien particular útil —o deleitable— con el trato del bien honesto. Y así alterar la jerarquía.

El argumento que ampara esta ordenación de dignidades, es análogo a los anteriores. El apriori del bien útil es el bien inútil —y el

honesto es inútil— ya que lo útil es lo apetecible por otro y ese otro consiste precisamente en el bien inútil<sup>8</sup>.

Puede atribuirse también la objetividad a la belleza, y por tanto analizar en ella el problema del subjetivismo. No obstante las distinciones que precisaría este cometido, abrirían un paréntesis demasiado largo, interrumpiendo el hilo de la presente reflexión.

*Dos modos fundamentalmente distintos de carecer.*

Hasta aquí, el subjetivismo en los trascendentales relativos aparece en el plano predicamental. No podría suceder de otro modo, porque, el Sujeto Infinito es infalible, y el subjetivismo supone una falla axiológica.

Y una falla axiológica doble. En primer lugar, la finitud misma de la facultad del ente limitado, postula una falla al ser medido por lo real que se le enfrenta; esta falla se expresa en la falta de coincidencia entre la jerarquía en sí de los existentes y la jerarquía pronunciada por la facultad finita respectiva, por medio de un juicio intelectual o por medio de un acto de elección. El hombre tiene derecho a equivocarse porque es incapaz de conocer toda la realidad en todos sus aspectos y además es incapaz de conocer de una manera cierta todo lo que conoce.

Sin embargo, dentro de estas restricciones, la facultad debe dejarse medir adecuadamente en determinados aspectos fundamentales. Y este deber descansa, precisamente, en su capacidad de hacerlo.

El error y el mal —la fealdad también— no se dicen unívocamente del fracaso frente a la verdad y frente al bien. Existen, por decirlo así, errores y males inofensivos que expresan solamente ciertos resultados accidentales de la limitación del ser. Y caben, por contraste, errores y males lastimosos, que hieren al ser y lo afectan desde dentro, afectando a la vez la teología universal.

Gracias a su libertad, cualquier hombre puede amar una flor con

8. «Es, pues, evidente que es posible distinguir dos clases de bienes: los que son bienes en sí y los que tan sólo son bienes relativamente a los primeros». (Eth. Nic., I, 6, 109b.).

preferencia a un gusano. Tal preferencia supone —ciertamente— un desorden en la jerarquía, porque la bondad del ser depende de su dignidad ontológica, la cual se da más plenamente en la bestia que en el vegetal. Se trata, entonces, de un desorden, pero de un desorden sin trascendencia, de un desorden previsto en la dinámica del ente finito, y que por tanto no lo afecta negativamente<sup>9</sup>.

También gracias a la libertad, se puede preferir asesinar a un hombre en vez de procurar la virtud de la justicia. Se trata, lo mismo, de un desorden, pero de un desorden enteramente distinto: un desorden que hiere al ser por apartarlo de su fin.

En lo tocante a la verdad, no tiene relevancia que un entendimiento yerre expresando juicios a título de opinión. Lo grave es que yerre asegurando con certeza algo que sólo es capaz de decir con temor a equivocarse. Tampoco importa que un artista se rijan por una idea germinal opuesta a muchos otros posibles, que esta idea resulte ineficaz; lo grave es que en lo necesario, en lo teórico, pretenda encontrar respuestas válidas opuestas entre sí.

#### *Las características universales del subjetivismo.*

En síntesis: cuando el sujeto no se encuentra al nivel del objeto —tal sucede por deficiencia, en la opinión y en la praxis— el espíritu suple subsidiando a la facultad precaria. Esto es perfectamente lícito mientras no se olvide tal suplencia con los condicionamientos consiguientes. Si se descuida esto, los platillos de la balanza —sujeto-objeto— se desequilibran por el peso del subjetivismo.

El subjetivismo, en sentido amplio, se origina en la transposición de la fuerza del sujeto al lado del objeto para completarlo en su inteligibilidad o en su amabilidad, haciéndolo así suficiente para poder aprisionar al sujeto en el conocimiento o en el amor: realizada esa transposición y esa suplencia, el subjetivismo consiste en fingir que el sujeto no ha producido tal función complementaria y que es la sufi-

9. «Todo tiene un puesto marcado en el mundo: peces, aves, plantas; pero hay grados diferentes, y los seres no están aislados los unos de los otros; están en una relación mutua, porque todo está ordenado en vista de una existencia única». (Metaf., XII, 10, 1074b-1075a.).

## FUENTES DEL SUBJETIVISMO

ciencia del objeto la que causa el equilibrio o la coadaptación entre ambos extremos.

Ello resulta de haber olvidado que solo el ser absoluto en cuanto inteligible o en cuanto amable es capaz de arrastrar al sujeto de un modo infalible para pronunciarse en la verdad o en el amor.

